

Noticias de su vida

Nació en Fuenllana (Ciudad Real) alrededor del año 1486 y falleció en Valencia, el 8 de septiembre de 1555. Hijo primogénito de Tomás García y Lucía Martínez de Castellanos, hidalgos de Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), donde tenían una desahogada situación familiar. Fueron cinco hermanos. Por una epidemia de peste tuvo que marchar su madre a la villa próxima de Fuenllana, donde nació, regresando poco después al pueblo de sus padres, donde transcurrió su infancia.

De su madre aprendió las virtudes domésticas, a invocar a la Virgen María y a llevarla en el corazón por el resto de sus días. De su padre adquirió la misericordia con los necesitados. La puerta de su casa siempre estuvo abierta para el socorro de los pobres. Recibió las primeras letras en el pueblo, posteriormente sus padres lo enviaron a Alcalá de Henares, siendo miembro de la primera promoción del colegio mayor «San Ildefonso». En la universidad cisneriana estudió gramática, retórica y humanidades, graduándose en artes, maestro y catedrático.

Se le ofreció en Salamanca la cátedra de filosofía moral pero la rechazó, para entrar como novicio, el 21 de noviembre de 1516 en el convento de San Agustín en Salamanca, profesando al año siguiente.

En diciembre de 1518 es ordenado sacerdote. A partir de aquí comenzará su vida pública al servicio de la Iglesia y a la Orden de San Agustín, ostentando diversos cargos desempeñados con gran acierto. Renuncia al arzobispado de Granada y, por obediencia, acepta el de Valencia el año 1544. Como religioso destacó por su humildad en el ejercicio de la autoridad, su amor a la Virgen y la unción de su predicación. Fueron famosos sus sermones. La diócesis de Valencia, para la que ha sido nombrado pastor, es una sede con graves problemas: la enorme población morisca, mal integrada y peor convertida, la ausencia reiterada de los anteriores preladados, el relajado ambiente moral del clero secular, el abandono del pueblo cristiano, la falta de un centro donde los jóvenes aspirantes al sacerdocio se formen humana, cultural y espiritualmente ... Con humildad, oración



y penitencia cambiará el rostro de aquella comunidad. Gritará en sus sermones por la falta de un concilio que reforme la Iglesia universal, y verá con gozo la convocatoria de Trento, al que se anticipará fundando un seminario, el colegio de La Presentación. Realizó, nada más llegar, una minuciosa visita pastoral (1545) y convocó un sínodo provincial (1548), buscando siempre ser más amado que temido, según la regla agustiniana.

Mantuvo especial predilección por los pobres, los huérfanos y los niños abandonados; se consideraba administrador de sus bienes, a los que, por justicia, debían volver. Daba sin humillar, corregía sin ofender, enseñaba sin herir. Anualmente entregaba en limosnas más de tres cuartas partes de las rentas del arzobispado. La austeridad de costumbres, la sencillez del vestido -remendado por él mismo-, la sobriedad en la mesa, la piedad de vida y la mansedumbre en el trato, hicieron de él y su casa un convento de observancia.

Oraba y estudiaba; sus sermones han quedado como ejemplo de catequesis, basados en la Sagrada Escritura y en los santos padres, especialmente san Agustín de Hipona, del que siempre se esforzó en ser reflejo de su luz, eco de su voz, discípulo de su pensamiento y heredero de sus ideales. Posteriormente serán también elogiados por su calidad literaria.

El Cristo de su oratorio fue el amigo íntimo al que confiaba el gobierno de la diócesis y del que sacaba ejemplo y fuerzas para cumplir con su misión; esa imagen será la que le anuncie su inminente muerte para el día de la Natividad de María. Se apresuró a ponerse a bien con los pobres, que era la forma de poder justificarse ante Dios, y ordenó al limosnero que entregase urgentemente a los pobres todo el dinero que hubiese, ya que deseaba morir sin poseer nada. Después fue repartiendo las pertenencias de su casa y, en último gesto de desprendimiento, entregó la cama en la que estaba a un criado, pidiéndosela prestada para morir, como ocurrió el día 8 de septiembre de 1555. Fue beatificado por Paulo V el 7 de octubre de 1618, y canonizado por Alejandro VII el 1 de noviembre de 1658. Su fiesta se celebra el 10 de octubre. *(Texto de F. J. Campos y Fernández de Sevilla OSA)*

Muestra de su magisterio

Nuestro Redentor, viendo la excelencia de las almas y el precio de su propia sangre, no quiso dejar el cuidado de los hombres, que tantos sufrimientos le causaron, al solo cuidado de nuestra prudencia, sino que quiere actuar con nosotros. Por eso, dio a los fieles unos pastores, revistiéndolos de unos méritos que no tenían: entre ellos me encuentro yo, sostenido en mi indignidad por su infinita misericordia.

Cuatro son las condiciones que debe reunir el buen pastor. En primer lugar, el amor: fue precisamente la caridad la única virtud que el Señor exigió a Pedro para entregarle el cuidado de su rebaño. Luego, la vigilancia, para estar atento a las necesidades de las ovejas. En tercer lugar, la doctrina, con el fin de poder alimentar a los hombres, hasta llevarlos a la salvación. Y, finalmente, la santidad e integridad de vida. Ésta es la principal de las virtudes. En efecto, un prelado, por su inocencia, debe tratar con los justos y con los pecadores, aumentando con sus oraciones la santidad de unos y solicitando con lágrimas el perdón de los otros.